

Pilar del Río, La intuición de la isla. Los días de José Saramago en Lanzarote, México, Alfaguara, 2022 (244 pp.)

Alma Delia Miranda Aguilar
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

La intuición de la isla. Los días de José Saramago en Lanzarote, escrito por Pilar del Río, es, entre todos los libros conmemorativos del centenario del autor, el que surge desde la más absoluta cercanía biográfica. La obra, de ágil lectura y presentada en breves capítulos, está principalmente dirigida a un público amplio, de lectores y seguidores de Saramago, que podrán recorrer a buen paso la manera como la autora cifra los años condensados en estas páginas. La edición española de *La intuición de la isla* corrió a cargo de Itineraria Editorial, pequeña casa orientada a la publicación de libros de viajes; en Hispanoamérica, la respalda uno de los sellos más poderosos de la industria editorial del mundo hispánico, Alfaguara, que es la que yo reseño.

Sin duda, este libro lo podrán disfrutar y agradecer los lectores del autor ajenos a la academia, mientras que los estudiosos de la obra saramaguiana podrán (re)conocer de primera mano una colección de momentos, lugares y personajes que, desde la perspectiva de la autora, fueron muy significativos en esos años, y que funcionan como pinceladas que bosquejan la atmósfera o el sentir del momento, tanto del autor, como de las personas que lo rodeaban en determinadas circunstancias.

Cuando el libro ya está encaminado, Del Río expresa que su obra es “para amigos y amigas” (46), enigmática declaración que da lugar a implicaturas. Rescato dos: por un lado, se sobreentiende que es un libro para incondicionales de Saramago y de ella también. Por otro, me parece entender que es su manera de

avisar que *La intuición de la isla* se fragua en una innegable libertad y que hay que abstenerse de solicitarle a la obra una intención distinta a la que concibe quien la presenta. De ahí que el grupo riguroso y metódico de los académicos podrá acercarse también a estas páginas para cotejar o comparar suposiciones, observaciones e ideas en torno al sentir del nobel portugués, así como para conocer, de primera mano, anécdotas vividas tanto en la isla como en los numerosos sitios donde la fortuna y el deber del reconocimiento lo trasladan. Sin embargo, algunos datos concretos que busquen aquí tendrán que confirmarse en los respectivos archivos o en las publicaciones académicas, porque el modo como está escrita la obra le permite a la autora fusionar espacios y tiempos. A Del Río le interesa más referirse a formas, modos, condiciones, o personajes. Un botón de muestra, por mí conocido por obvias razones, está en el capítulo intitulado “La FIL de Guadalajara”. Comenta la autora:

Durante muchos años José Saramago celebraba su cumpleaños en México, con la Feria ya abierta o a punto de inaugurarse. Aunque José Saramago fuera capaz de participar en fiestas multitudinarias, como la celebración de los cuarenta años de la publicación de *La región más transparente*, de Carlos Fuentes, él prefería la intimidad de los pocos amigos en torno a una mesa. (157)

La relación de José Saramago con México comenzó en 1989. En ese primer viaje, su presencia sólo fue registrada por los periódicos locales de la ciudad de Morelia, en el estado de Michoacán: *El Sol de Morelia* y *La Voz de Michoacán*. Sólo se mencionó que participaría en una de las jornadas del IV Encuentro Internacional de Narradores, ni siquiera se publicó una foto suya, por ejemplo. En su segunda visita al país, en marzo de 1998, visitó Guadalajara, Chiapas y la Ciudad de México, y ya sonaba como candidato al Nobel. En primer lugar, fue a la Cátedra Julio Cortázar de la Universidad de Guadalajara para impartir un breve curso de literatura portuguesa; no obstante, acudió poco público y el hecho no fue referido en la prensa nacional. Fue en la Ciudad de México donde Saramago tuvo un enorme poder de convocatoria. En la capital mexicana, y casi al final de ese segundo viaje, tuvo lugar la fiesta multitudinaria de celebración de los 40 años de *La región más transparente* que refiere Del Río. Saramago acudió y se sentó en la mesa principal, del lado izquierdo de Carlos Fuentes, del lado derecho estaba nada menos que Gabriel García Márquez. La imagen de los tres mereció una foto de media portada en la edición del 24 de marzo de 1998 de *La Jornada*, periódico de cobertura nacional de los intelectuales de izquierda. La FIL de Guadalajara recibió a Saramago en su tercer viaje, en 1999. Con lo anterior, se constata la observación de que a la autora se decanta por reconstruir atmósferas, evocar personas significativas y recordar detalles.

Este conjunto de capítulos contextualiza el estado de espíritu de Saramago alrededor de la escritura de las obras que creó durante el tiempo en que vivió en Tías, la localidad de Lanzarote donde fundó la última etapa de su vida. De hecho, entre el conjunto de textos, hay un breve capítulo dedicado a los siguientes trabajos: *Ensayo sobre la ceguera*, *El cuento de la isla desconocida*, *Todos los nombres*, *La caverna*, *El hombre duplicado*, *Ensayo sobre la lucidez*, *Las intermitencias de la muerte*, *Las pequeñas memorias*, *El viaje del elefante* y *Caín*. Asimismo, Del Río explica cuál fue el detonante de su creación.

La autora elige comenzar desde la intuición de la isla que habría tenido el propio autor, es decir, desde las exploraciones sobre lo insular en la creación saramaguiana —precedentes a la ocurrencia del autor de vivir en Lanzarote—, y decide concluir evocando la inauguración al público de *A Casa* de José Saramago el 18 de marzo de 2011, al año siguiente de la muerte del nobel. A los breves capítulos del libro, los arrojan el prólogo de Fernando Gómez Aguilera, presencia amiga constante en estas páginas, esto es, en la vida de Saramago y de la autora, y al final se anexa la *Carta universal de los deberes y obligaciones de las personas* que redactaron un grupo de diversas personas de México, España (entre ellos Pilar del Río), así como el pensador francés de origen argelino Sami Naïr, a partir de ideas que Saramago manifestó en su discurso de recepción del Premio Nobel.

La intuición de la isla ofrece un contexto de esos años a partir de tres bases: primera, la relación del autor con su hogar (*A Casa*, un pedacito portugués en una isla española); segunda, su vínculo con Lanzarote; y tercera, su relación con las personas con las que se va topando ahí o en los múltiples viajes durante ese tiempo. Por momentos, parece que la protagonista de esta obra es justamente *A Casa*, una suerte de imán de amigos, admiradores, colegas, familiares, periodistas, políticos y allegados que desfilan en estas líneas, y que comparten el protagonismo con Saramago. En este sentido, Pilar del Río se reserva el derecho a su intimidad y en cambio asume el difícil papel de periodista, de tal manera que su inevitable presencia se manifiesta de modo contenido y discreto, lo cual, estoy segura, ha sorprendido y sorprenderá a más de un lector. Pero su vocación en este texto es que sus palabras sean el faro que ilumina el espacio personal de Saramago en estos años.

Al llegar al capítulo dedicado al cineasta Miguel Gonçalves Mendes, realizador del documental *José y Pilar*, la persona que lee *La intuición de la isla* comprende que Del Río, a pesar de ser testigo de primera mano y compañera del autor, ha emulado la decisión de lo que ambos le garantizaron al realizador portugués de aquel documental: está dispuesta a compartir partes de la cotidianidad del autor, pero no la intimidad de la pareja, de ahí se explica su tajante elección por no conjugar un solo verbo en primera persona del singular y, si no me equivoco, deslizar sólo una vez una primera del plural en el cuerpo

principal de su texto. El *nosotros* de la "Introducción" de la *Carta universal* se refiere a quienes firman la *Carta* y se manifiesta claramente al declarar: "Nuestra propuesta entiende y asume, antes que nada, las obligaciones del Estado para realizar los derechos reconocidos de las personas nacional e internacionalmente"(230). En la parte propiamente de los días de Saramago en Lanzarote, prefiere las construcciones impersonales: "se salía de casa todavía con sol, se guardaban en el coche unos cojines y unas mantas y se seguía el camino del volcán" (119). Decisión quizá ortodoxa, aunque no faltan a lo largo de las páginas las referencias sutiles a los afectos y a las emociones personales. En este sentido, me parecen bien resueltos los capítulos que refieren dos momentos fundamentales: el anuncio del Nobel y los últimos días de vida del autor, porque ambos conllevan necesariamente emociones fuertes y profundas que Del Río se ve obligada a encauzar dentro de los límites que ella misma se autoimpone al no aparecer como partícipe, pero sí asomándose como testigo. En el primer caso, el narrador de la mayor parte del capítulo es Camões, uno de los tres perros de Saramago, que, junto a los otros dos, Greta y Pepe, mira desconcertado el maremágnum mediático, así como la alegría "de las personas que se encontraban en casa" (102). En el segundo, el asunto es cómo hablar del inminente final del autor: imposible presuponer lo que José Saramago sentiría en los últimos instantes de su vida, impensable confesar sus propias emociones como compañera, Del Río opta por decir que "Aquellos días siempre había amigas en casa" y, a pesar de que la autora no se traiciona y encara contenida esta parte, la sensación que deja el capítulo es de poderosa emoción, pero de una tajante renuncia al drama. Lo que se percibe es que las amigas llegaron para acompañarla a ella también: "todas imprescindibles a la hora de escuchar un concierto, tomar el café en el jardín o simplemente estar" (206).

Además del anterior, otro capítulo que está entre mis preferidos es "Lisboa recuperada", que leo más como una vuelta al útero de la lengua materna de Saramago, e incluso a su país en un sentido amplio. Son muchos ángulos los que emergen de estas páginas concretas, entre ellos, la peculiar situación lingüística de la pareja, la necesidad de oír portugués por parte de Saramago, las ganas de recorrer Portugal otra vez (¿la última?), los vínculos con la gente cercana ahí y, finalmente, la hermosa y conmovedora anécdota de la mujer embarazada con la que cierra el capítulo.

Del Río ofrece el marco de creación de los diez libros enumerados antes, de los que cita algunas líneas o pasajes, pero también se vale de las palabras de Saramago procedentes de los diarios, cuentos, discursos, epígrafes e incluso reproduce una parte de la muy interesante entrevista que Humberto Werneck le realizó a Saramago para la edición brasileña de *Playboy*.

En este acompañamiento, Pilar del Río se guarda muy bien de incurrir en la alabanza descontrolada o el juicio de valor. Aun cuando no se olvida de humanizar al autor, dejando ver algunos rasgos menos luminosos de su personalidad, como cuando comenta que no agradecía entrevistas ni críticas literarias, por buenas que éstas fueran: “Modos de estar en la vida” (126), comenta nada más, distanciándose con respeto de la elección de Saramago.

Capítulo tras capítulo, el protagonista pasa de largas jornadas de trabajo a momentos sencillos como comprar el pan, y de ahí vuela a las inevitables giras internacionales para impartir conferencias, presentar libros y firmar ejemplares. De tal modo que el Saramago de este libro resulta más distante de lo esperado a las polémicas que suscitó en el terreno político, así como a las tensiones inevitables del mundo literario, aludidas muy de lado cuando Del Río afirma: “Compartir no es un verbo que se use mucho entre los escritores, aunque escriban para compartir” (199). En este sentido, son pocas las figuras de la literatura portuguesa que se mencionan en este libro, además de su editor y autores a los que Saramago admira: Pessoa, Camões, Gil Vicente. Todos autores muertos. A pesar de que Del Río refiere a algunos académicos e intelectuales portugueses, destaca la falta de una presencia robusta de autores de Portugal en estos años. Asimismo, me resulta extraña la ausencia de la creación del premio que lleva el nombre del autor, así como cualquier mención a los ganadores que recibieron el galardón en vida de Saramago, que fueron seis: Paulo José Miranda, José Luís Peixoto, Adriana Lisboa, Gonçalo M. Tavares, Valter Hugo Mãe y João Tordo, sobre todo porque este silencio contrasta con lo narrado en torno a la creación de la Fundación José Saramago, a la residencia de escritores (que finalmente no se concretó) y a la Biblioteca en Lanzarote.

En el prólogo, además del cariño y la lealtad esperados en el texto de Fernando Gómez Aguilera, él sí se permite expresar algunas palabras sobre el papel central de Pilar del Río en la dinámica de la cotidianidad en Tías: “El renovado paisaje físico que se acomodó en su percepción diaria hallaría correlato analógico en un recién estrenado paisaje interior, cuyo eje de rotación descansaba sobre su mujer” (13).

La sección final es un manifiesto de las inquietudes políticas de la propia autora y de quienes firman la *Carta universal de los deberes y obligaciones de las personas*, en donde asume tanto el legado ideológico de José Saramago, como su propio deseo de ejercer un papel activo en discusiones políticas. En mi edición, habría redondeado un libro como éste la inclusión de algunas imágenes menos conocidas de esos años de José Saramago.